

textos

libros

las estaciones del templo (Prólogo a la primera edición bilingüe de *Os Eidos. Libro del Courel*, Árdora, Madrid, 2010)

Ignacio Castro Rey, Madrid, 4 de marzo de 2010

Es casi un tópico decir que el periplo de *Os Eidos*, un libro señero en la poética gallega desde hace más de cincuenta años, parte y retorna a un mítico lugar natal. Las rocas y la toponimia, igual que la rotación de las estaciones, resuenan en un universo poblado de ecos. Como si fuesen estados de ánimo de un ser vivo llamado Tierra, giran con pasión viajera campos, cielos, ramas suspendidas. En un artículo que saludaba la aparición de *Os Eidos*, Otero Pedrayo escribía: “Hablan las cosas... Un gran silencio de montaña y yermo, de noche y lobos, de conciencia despertada... Las cosas parecen solas, aisladas. Bien pronto se advierte entre ellas, a su través, cómo pasa un tiempo, un viento. No se describe la montaña y ella toda, en marcha, está en cada verso, en cada palabra y acorde de silencios, con su misterio, su levedad, su pesadumbre. El libro ‘va’, fluye, como una niebla, un río, un tiempo. El anhelo total informa cada verso. Basta una palabra. Ninguna es banal”^[1].

Sortear la férrea identidad del Yo para permitir que las cosas hablen y se pose cerca la inmensidad es uno de los logros de este libro. En otras palabras, reactivar el suelo oriental de nuestra experiencia, una vida que rodea a la historia, una eternidad que coexiste con la más breve duración. Desde este instante que envuelve al tiempo, Graves dice: “¿Tienes miedo a la muerte? La muerte no es nada: / el sello de plomo aplicado a un frasco repleto”. Novoneyra respira cerca de esta máxima, haciendo moderna la sabiduría popular de una llaneza que tutea a lo más ínfimo. Recoge la música que brota de la fragilidad de los seres de un día. Música de la fugacidad, de la infancia irremediable de lo que muere. El desnudo y la alegría de vivir vincula en este libro a todos los seres, haciéndoles hermanos del hombre. Pasolini, en la época en que escribía en friuliano, hablaba de mirar durante horas una hoja hasta llegar a comprenderla.

Qué duda cabe además que la montaña representa, en muy distintas culturas, un signo privilegiado de la fuerza terrenal. Las cumbres elevan a perfil sólido ese magma silvestre presentido en el laberinto interior del paisaje, en la mirada de cualquier criatura. De ahí que *Os Eidos* comience vigorosamente con una sucesión de imágenes de la tierra “alta” y “sola” del Courel, que se abre empequeñeciendo al hombre: “Delante y tras él la sierra larga”. La soledad de la montaña se presenta en este libro como escuela de la soledad del hombre, un humano que ahora escucha ese inmenso clamor confidencial del que habla la carta de Ramón Piñeiro que abre la primera edición de *Os Eidos*. La sierra parece encarnar la energía del planeta: la herrumbre de noviembre, los viejos caminos abandonados, el silencio de nieve. Y siempre esa distancia agreste, libre de la “debilidad” de lo social, en la que fluye una vida colmada, saturada de enigmas. Es como si esta providencia poética, que el hombre elabora mirando el rostro de las cosas, conjurase el peligro que para nosotros encierra la naturaleza, los desastres que puedan venir de ella. En *Os Eidos* nos empuja el viento de una mirada que acoge el milagro de cada ser. Lo simplemente humano late enmarcado por el secreto vivo de un territorio. Tal vivencia de la redondez material produce melancolía, incluso temor: “Un miedo de nada que me puede matar”. Pero también un torrente de alegría antigua. Imaginemos al joven Novoneyra levantándose

debilitado de su lecho para atravesar vaguadas de helechos en otoño. El cansancio nos hace porosos, sensibles a la epopeya de todos los seres.

“Llueve para que yo sueñe”. La obra entera de Uxío Novoneyra habla de la tierra, incluso desde ella. Es característico de su poesía fundir lo “intelectual” en una fuerte corriente de imágenes sensibles. Ocurre como si el poeta, incluso por delicadeza, no se permitiera nada que no tuviera una traducción en la comunidad de los seres mortales. La misma presencia física de Novoneyra, tan poderosa, personifica también la fuerza de esa riada terrenal que reúne materia y leyendas. Lo que no está tan claro es que esa corriente se pueda entregar sin una previa desprotección del hombre, sin una travesía que le ponga a prueba. Más acá de toda elaboración histórica, en un plano vital común, la cronología del hombre ya indica que la tierra no le habla al oído, ni llega a la precisión del lenguaje, si antes él no ha tenido una experiencia inquietante de las sombras, del trabajo solitario en lo negativo. Solamente ahí se nos entrega la forma, la hermandad profunda que la distancia tensa.

Es difícil la llaneza poética de esta polifonía que se desgrana en *Os Eidos* sin la experiencia de un desamparo sólo confesable por vías oblicuas, es decir, a través de una obra. Recordemos que este “panteísmo” montañés irrumpe después de un largo esfuerzo urbano en Galicia y en Madrid, después también de una lenta dolencia de la que quedan testimonios. Novoneyra, de hecho, siempre ha recordado que él empezó a escribir relativamente “tarde”. Además, la reelaboración constante de *Os Eidos* parece tener la función de ajustar la palabra a la intrincada complejidad de lo vivido. Aunque se tratara de “imitar” la naturaleza, según una definición clásica, hoy sabemos que lo natural es un inextricable artificio, más cuántico que mecánico. La hoja de roble, la nube, el musgo en la piedra integran una compleja mezcla de energía y de sombras. Si Novoneyra intenta retratar ese infinito en acto que está en el borde de las facultades del hombre, es normal que haya de someter cada verso a la prueba de una soledad universal, ese “silencio amigo” en el que palpita la silueta de las cosas. De ahí también que *Os Eidos* crezca en buena medida de un modo repentino, como al dictado, durante el otoño de 1952 y después de la estancia en Compostela y en Madrid. Después, no antes: una vez que se maduró lentamente ese rodeo extenuante, esa “herida del camino” que se encarna en el pensamiento. Si esto es así, el llamado poeta del Courel, con su proverbial sensibilidad hacia la dulzura natural de los seres, no estaría tan lejos de la poética más abstracta de un Valente, un Méndez Ferrín o un Gamoneda.

En este aspecto, sin dejar de ser acertada, puede dar lugar a equívocos la afirmación de Piñeiro, en la carta mencionada, de una anulación de lo “personal” en favor de lo “cósmico”. No es que deje de ser así, y además de un modo muy esencial en esta poesía de Novoneyra. Ahora bien, ¿se trata de un cosmos que podría hablar sin el desgarramiento interior del logos? La primera relación del primer hombre con la tierra ya es metafórica, cargada de rodeos y ambivalencias. Así pues, tanto en poesía como en filosofía la oposición exterior-interior es hartamente discutible. Más bien parece que lo personal constituye un escalón inicial que después ha de ser anulado, la *ocasión* que permite ese salto. Bendita sea la tierra que surge al otro lado, sea en Stevenson o en Eliot, en Rilke o en Yeats.

Tienen razón, sin embargo, los que se sorprenden de esta enormidad insólita que recorre *Os Eidos*. El libro se abre a un territorio que culmina un interior que ya no tenía esperanza de poder refugiarse. Lo seres que palpitan fuera nos curan con su variación, con el beneficio del tránsito. ¿Qué se le ha dicho siempre al melancólico, al que está devorado por su laberinto? *Haga un viaje*. Tanto o más que la formación especializada, las contingencias del camino contribuyen a formarnos. Al caminar nos limpiamos, encontramos posibilidades que nos libran de la inercia y dan forma a nuestra desazón. Además de las múltiples figuras que esa angustia fundacional toma en el libro de Novoneyra —el

aullido del lobo, la noche invernal, las hojas que caen—, veamos cómo aparece el dolor de la escisión en unos versos un poco posteriores: “No sé qué es. / Sólo sé que es y que no me es ajeno / Viene como la lluvia en el preludio oscuro, / abre por dentro su estancia y me hace todo remoto. / ... Viento de invierno, ¿de qué te soy conocido?”^[2]. En *Os Eidos* el poeta parece entender que su mal sólo se cura mediante una vertiginosa incursión en formas abiertas, que arden en su soledad. Habría que pensar si en toda épica de lo terrestre, sea en Chéjov o en Whitman, no se da primero una caída, antes de que el hombre reencuentre el ser de lo natal. Eso es lo que late en la indisoluble mezcla de lo abstracto y lo sensible en los haikus, tan caros a Novoneyra, en los maravillosos *Pomes pennyeach* de Joyce, en las tardes de los campos de Machado.

No sólo en la poética de Novoneyra se da este juego de fatalidad histórica y optimismo terrenal. Las saturadas imágenes de Sokurov en la película *Madre e hijo* provienen también de una vivencia de lo trágico reconciliada con el esplendor mortal del paisaje. Escuchar la vibración de las cosas humildes, concedernos con ellas una segunda posibilidad, es algo que sólo ocurre después de romper con los límites de una vida antropocéntrica, típicamente occidental. En este punto, antes incluso que su interés por la sabiduría oriental, Novoneyra debe algo a la tradición pagana galaica, a esa fuerza de una remota mitología que permite escuchar el viento en el líquen como algo cercano. Tal sentido no adviene a la forma sin un precio, una crisis a veces inconfesable, que rompe con la inercia naturalista de lo natural.

El poeta no trabaja con la especialidad más o menos culta del lenguaje, sino con algo elemental, cercano a lo incomunicable, que conforma desde abajo las lenguas y brinda una comunicación extrema. Como si la articulación de la lengua materna fuera ya algo *segundo* en relación a esa experiencia primordial de ecos quebrados, rumores y voces vividas en la cercanía. Quizá por esta razón Proust ha dicho que algunos hablan la lengua natal como si fueran extranjeros, como si hubieran sufrido la extrañeza de lo familiar. Novoneyra lo comenta así en una entrevista: “La pasión por la poesía excede lo puramente literario... No se trata de un arte, sino de un encuentro”^[3]. Hablamos de una marca inicial que hace caer en una escucha primera, cercana a la del niño, y le descubre una naturaleza más profunda y más superficial que las leyes bajo las cuales intentamos sepultarla. Esta naturaleza incluye la ausencia, una ambigüedad espectral que obra en los cuerpos. Esto permite que la entrega del poeta pase de lo más abstracto a la presencia inmediata sin solución de continuidad.

¿De dónde si no este prodigio de estar escuchando la voz de las cosas, como si hablaran con su simple estar ahí? En *Os Eidos* la levedad brota de amar las cosas en su inevitable finitud. El poeta sirve así un tipo de felicidad inédita: el vuelo que resulta de la gravedad. Todo es redimido desde su propia umbría, desde su pobreza irremediable. No es extraño el efecto medicinal de esta escritura, pues cura con la droga de vivir sin cobertura, una “intemperie a corazón abierto”. A contrapelo de nuestra velocidad, siempre *alta* en la línea recta que encauza al existir, alguien se demora en los meandros. Podemos sentirnos seguros siguiendo las curvas de un Arca que salva a los seres abrazando su perdición, siguiendo su *clinamen*, la querencia de cualquier criatura hacia la inocencia de su enigma mortal.

Es posible que la posición de Novoneyra en el esquema familiar favoreciese esta receptividad. El pequeño, mimado con una anómala libertad, también con el ocio solitario del pastoreo, tuvo el privilegio de una rara contemplación. ¿Por qué alguien percibe como los demás no lo hacen? Porque no está colmado, sino herido por una incógnita esencial a la especie. El hombre adulto se especializa, perdiendo esa originaria percepción de la infancia donde las situaciones vibran una a una. Pero el

poeta es atrapado continuamente por una escucha a *ras de hierba*, desde la que todo resulta misterioso. Un poco, nos decía él un día, desde ese sitio donde se coloca el perro para dormir, buscando un cruce de corrientes. La infancia no es entonces una etapa cronológica que se pueda dejar atrás, sino un coro de voces que siempre nos acompaña. Según sus propias palabras, el Courel le hizo “predispuesto al silencio”^[4]. Esa marca inicial sólo puede curarse dándole la palabra a la desarticulación desde la que hablan las cosas. Para Novoneyra se cría así una sensibilidad a la intemperie “como la puede tener un animal desarrollado, o un hombre primitivo que no tuviera aún dios, amparo ni temor remoto”^[5]. La vecindad del enigma permite leer en el aire. Se levanta una metafísica sin Dios, sólo necesitada de cielo, alondras y viento.

“Habla la tarde bajito / y el corazón la oye”. También en Machado y en Rosalía una sensibilidad trémula es la que entregaba el intenso sabor de tardes cárdenas, valles acuosos, paisajes con campanas. Cualquiera que haya estado en la sierra del Courel puede recordar que allí se junta el azul escarpado de picos lejanos con la suavidad de un manto herbáceo que no es fácil encontrar en otras comarcas montañosas. De una forma encantadora, como en miniatura, se reúne un anfiteatro de cualquier sueño posible. Lo característico del Courel es reunir la variedad de la montaña en una saturación cromática y climática. Del brezal violeta a la cornisa rocosa, del pelaje del ganado a la noche del barranco, una salvaje policromía se hace visible en la misma mañana, desde la misma ventana.

Desde esta revelación elemental que muchos sienten y pocos transmiten, Novoneyra mantuvo una constante intransigencia con las reducciones literarias. Se trata de *escuchar* y eso no lo logra el artificio literario, aunque sí la “gente común cuando hace lengua”^[6]. De ahí que también vuelva en *Os Eidos* la carga ancestral de una honda historia. Recoger la danza de los elementos y el giro de las estaciones supone revivir un eco de las viejas voces patrimoniales. Voces no gastadas a lo largo del tiempo porque, de alguna manera, tocaron lo inmóvil, una permanencia mortal. La música de la toponimia, la que encierran los nombres: si un sitio ha sido nombrado, tiene una historia, un espíritu. Llamar por su nombre a las cosas es dar por supuesto que pueden responder, como si tuvieran personalidad. Ese signo de admiración que en algunos poemas culmina las largas series de nombres denota una sensación de plenitud donde monte y ojo, hierba y oído son uno.

“La mañana limpia como el ojo del gallo”. El hombre se rehace desde la forma de la tierra, desde el lenguaje de las cosas. Tras el progreso con el que justificamos nuestra huida, Novoneyra estaba entonces de vuelta de la mitología de la superación, lo que le permitía regresar a una vibración inédita de las cosas. Bajo un tiempo lineal que según Berger siempre quiere dejar atrás el mundo de los muertos, se recuperan las viejas voces de los antepasados, como si el tiempo no pasara. *Os Eidos* reactiva así un pasado mítico y protector que amplía el presente. Zonas de memoria despiertan en bloque desde lo informe^[7]. Es al final de sus Cantares que Ezra Pound puede decir:

He intentado escribir el Paraíso

No os mováis

Dejad hablar al viento

Ése es el Paraíso.

[1] Ramón Otero Pedrayo, diario *La Noche*, Santiago de Compostela, agosto de 1954.

[2] Uxío Novoneyra, *Elegías del Caurel y otros poemas*, Rialp, Madrid, 1966, p. 69.

[3] *Luzes de Galiza*, n.º 22-23, Santiago, 1994.

[4] Uxío Novoneyra, *Elegias del Caurel y otros poemas*, *op. cit.*, p. 74.

[5] *Luzes de Galiza*, *op. cit.*

[6] Uxío Novoneyra / Emilio Araújo, *Dos sonhos teimosos*, Noitarenga, Santiago, 1998, pp. 42-45.

[7] Uxío Novoneyra / Emilio Araújo, *Dos sonhos teimosos*, *op. cit.*, p. 36.